

Una peregrinación espiritual

Apuntes para un abordaje dinámico de la experiencia espiritual de Mons. Jacinto Vera

Germán Pravia¹

Resumen

Este artículo se propone abordar el itinerario recorrido por Monseñor Jacinto Vera en el proceso de su desarrollo espiritual. Apoyado en el marco de ciertas etapas propuestas por la tradición y la reflexión teológicas, el autor analiza los datos biográficos del primer obispo del Uruguay, buscando descubrir en ellos el rastro de un camino interior de profundización en la experiencia cristiana. Partiendo del sujeto natural bien dispuesto de Vera y del análisis de su experiencia vivida en los primeros Ejercicios Espirituales, se señalan los posibles rasgos originales de un seguimiento discipular de Jesucristo que se consolida teológicamente para alcanzar la transparencia evangélica, signo testimonial de la santidad.

Introducción

Con ocasión de la beatificación de Mons. Jacinto Vera (3 de julio de 1813-6 de mayo de 1881), hemos ido accediendo a un mayor caudal de información

1 El autor es Licenciado en Teología con especialidad en Teología Espiritual por la Universidad Pontificia de Comillas (España). Actualmente es docente de Teología Espiritual en la Facultad de Teología del Uruguay. germanpravia@hotmail.com.

actualizada acerca de su vida; se han realizado, asimismo, varios eventos para homenajear a su persona o para analizar el papel que él desempeñó en la Iglesia y en la sociedad uruguayas. Ahora bien, como la beatificación significa reconocer la santidad de un cristiano y proponerlo como modelo de seguimiento de Jesucristo, creemos pertinente preguntarnos: ¿cuál es el modo peculiar de seguimiento que el beato Jacinto fue recorriendo en su experiencia vital como creyente?, ¿de qué manera se fue “fraguando” su santidad, esto es, el modo como la Gracia de Dios fue siendo victoriosa en su historia? Para ir “arrimando respuestas” a este interrogante, consideramos necesario trascender los datos biográficos de nuestro primer obispo para mirar más adentro en su corazón creyente. En este artículo nos proponemos, pues, abordar la dinámica de su experiencia espiritual, experiencia que encontramos reflejada en los testimonios de sus contemporáneos y que nos permite elaborar –¿aventurar?– un itinerario interior por el cual Jacinto fue transitando su camino de santidad.

En verdad, realizamos este abordaje con mucha prudencia de nuestra parte y, acaso también, con temor y temblor. Reconocemos la insuficiencia de nuestro acceso a las fuentes al no haber abordado la *Positio*². Sin embargo, la calidad de las biografías consultadas³ nos anima a proponer estas líneas para esbozar, a grandes rasgos, las particularidades propias del itinerario espiritual de este obispo que, tanto en su vida como en su muerte, mereció ya el título de “el santo”.

1. Preámbulo: ¿hay etapas en la vida espiritual?

Al ser creados a imagen y semejanza de Dios, los seres humanos nos insertamos en un proyecto dinámico: estamos invitados a «reproducir la imagen de su Hijo» (Rom 8,29). Esa invitación –que ya es Gracia y, por lo tanto, siempre atrayente– requiere, sin embargo, de una respuesta personal, de un asentimiento voluntario; en cada biografía, la articulación entre Gracia y libertad se va tejiendo como una urdimbre misteriosa en lo más recóndito de cada persona, volviendo esta respuesta, única y original. Y, como el ser humano es histórico y su existencia

2 Dicasterium de Causis Sanctorum, *Positio super vita, virtutibus et fama sanctitatis Hyacinthi Vera*. 3 vols. (Montevideo: 2012). Esta fuente es indispensable para aproximarnos, en futuros abordajes, a cualificar la especificidad del conjunto de su experiencia espiritual.

3 Cf. Lorenzo A. Pons, *Biografía del Ilmo. y Revmo. señor don Jacinto Vera y Durán, primer obispo de Montevideo* (Montevideo: Barreiro y Ramos, 1904); Gonzalo Abadie Vicens, *Con los zapatos al cielo. Vida de Jacinto Vera* (Montevideo: L.E.A., 2023).

es un proceso, su configuración con Cristo –en esto consiste la santidad– será, entonces, además de única, procesual.

Atendiendo, pues, al dinamismo de este proceso espiritual, la reflexión teológica se ha propuesto siempre reconocer etapas dentro de él, es decir, ha pretendido sistematizar este itinerario en algunos rasgos comunes que reflejen su desarrollo, ilustrando tanto lo que ayuda como lo que evita avanzar. Y, aunque cada persona tiene su propio itinerario⁴, la condición humana compartida ha permitido enmarcar los procesos personales en grandes lineamientos comunes.

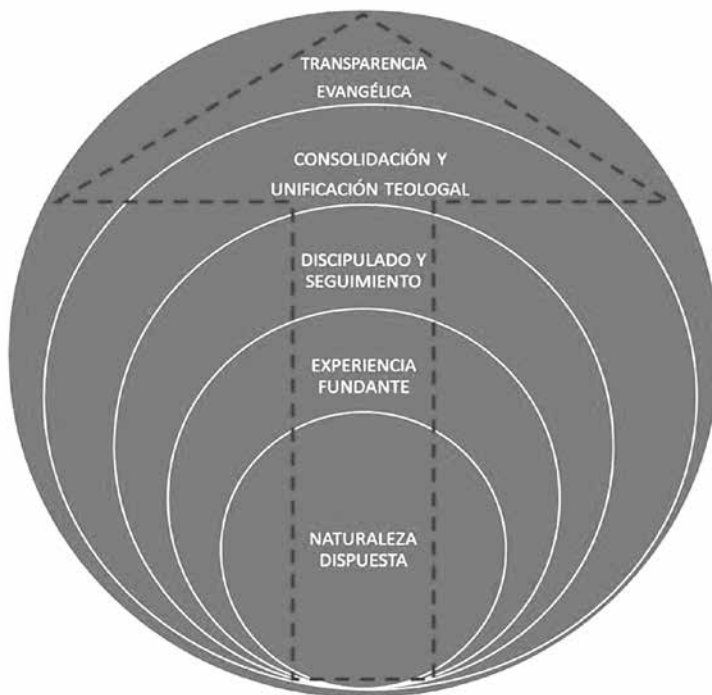
Las cinco instancias mencionadas en la ilustración que sigue son comunes a todo itinerario de crecimiento espiritual⁵. Explicándolas ahora sucintamente, después las abordaremos de forma más personalizada en la experiencia de Mons. Jacinto. En primer lugar, al mencionar una *Naturaleza dispuesta*, nos referimos a que la Gracia supone la naturaleza y la perfecciona –como afirma Tomás de Aquino⁶–, por lo que no podemos caminar hacia la santidad sin un fundamento antropológico (conocimiento propio y madurez humana) que la prepare y acompañe. Seguidamente, lo que llamamos *Experiencia fundante* remite a la toma de conciencia de la fe como una vinculación interpersonal entre el ser humano y Dios. La maduración espiritual reclama que el creyente experimente su relación con el Misterio de Dios de un modo tan significativo y totalizante que el Evangelio se constituya en el fundamento real de su existencia. A partir de aquí, se abre a un camino más consciente de *Discipulado y seguimiento* que implicará experimentar la alegría del Evangelio y, a la vez, atravesar las crisis de purificación del propio deseo, de la propia imagen, los propios modos y querer. Permitir que el Espíritu Santo vaya tomando las riendas de la propia existencia abre a la etapa de la *Consolidación y unificación teológica*, donde el amor evangélico irá articulando toda la estructura relacional humana y se irá esculpiendo en el rostro del creyente «la gloria del Señor, [...] con un esplendor cada vez más glorioso, por la acción

4 Juan de la Cruz afirma que a cada persona «lleva Dios por diferentes caminos, que apenas se hallará un espíritu que en la mitad del modo que lleva convenga con el modo de otro». *Llama de amor viva*, 3, 59, en: Juan de la Cruz, *Obras Completas* (Madrid: Editorial de Espiritualidad, 1993⁵), 850.

5 Las etapas que presentamos tienen como base la propuesta que Javier Garrido refiere como «Personalización». Cf. Javier Garrido, *Proceso humano y Gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana* (Santander: Sal Terrae, 1996); *Evangelización y Espiritualidad, el modelo de la personalización* (Cantabria: Sal Terrae, 2018).

6 Cf. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, adaptación de Regentes de Estudios de las Provincias Dominicanas de España, en *Suma de Teología vol. 1* (Madrid: BAC, 2001), I, q. 1, a. 8, ob. 2.

del Señor, que es Espíritu» (2 Co 3,18). Esa es, por fin, la *Transparencia evangélica* de los santos.



Si bien estas etapas son consecutivas, usualmente no son estancas. Por ejemplo: durante todo el proceso se vuelve necesario que la naturaleza de la persona —esto es, su carácter, su relacionamiento, etc.— se disponga y se abra al Evangelio; además, aunque la experiencia fundante resulte muchas veces un hecho histórico y puntual, puede reeditarse y profundizarse en otras ocasiones. Por otro lado, la etapa de discipulado y seguimiento dura hasta la muerte, aunque luego de la consolidación y unificación teológica, el seguimiento se viva con una libertad y estabilidad mucho mayores.

Aunque estas instancias son comunes a todo proceso de santidad, cada persona las transita de modo único y particular, según su propia identidad personal. Nos preguntamos, entonces, ¿cómo fue recorriendo Mons. Jacinto Vera, estas instancias en su vida? Para asomarnos a la respuesta, abordaremos cada una de estas etapas.

2. Naturaleza dispuesta

«En mí nada más se encuentra, que una voluntad dispuesta. En lo demás solo hay pequeñez y defectos»⁷.

No hay duda de que las disposiciones humanas de carácter o de personalidad son, necesariamente, una mediación que facilita o dificulta el reflejo del Evangelio. Pero no es menos cierto que la interiorización de la Palabra de Dios a lo largo de la vida es un proceso de Gracia que va moldeando y adecuando la personalidad cada vez más a los criterios evangélicos. Esto, sin renunciar a la originalidad personal y, muchas veces, sin que nunca terminen de desaparecer algunos «aguijones» molestos (cf. 2 Co 12,7).

Los datos biográficos de Jacinto Vera nos ofrecen valiosa información acerca del sustrato antropológico de su vida teologal. Nuestro beato nació en alta mar. Su familia, procedente de las Islas Canarias, viajaba con el deseo de establecerse en la Banda Oriental, aunque debió asentarse en Santa Catarina, Brasil, a causa de la inestabilidad social reinante durante el período revolucionario. Por fin, unos pocos años después, la familia logró establecerse en territorio oriental, primero en Maldonado y luego, en la actual zona de Toledo, departamento de Canelones. El contexto familiar y social de Jacinto influyó obligadamente en la configuración personal de su carácter. Él parece haber asimilado de su madre la sensibilidad hacia el otro y un temple interior de abnegada fortaleza; y de su padre, la resolución y la capacidad de trabajo, la sencillez y la llaneza de alma. Reconocemos así, en Jacinto, una persona que supo vivir con simplicidad, asumiendo la realidad sin dramatismos.

La religiosidad de su hogar, vivida con coherencia y sencillez, estimuló notablemente el desarrollo de su fe. Esta vivencia familiar no era una excepción en el contexto rural, sino que estaba acompañada por un ambiente naturalmente religioso que aunaba devoción personal e identidad social. Las actividades populares que se realizaban con ocasión de fiestas religiosas en la cercana Capilla de Doña Ana eran una prueba de ello. Así como se fue constituyendo el carácter del joven, también lo fue haciendo su religiosidad. Esta involucraba un modo de comprender a Dios y al ser humano, una manera de relacionar lo trascendente y lo cotidiano, una ética de valores personales y de convivencia social, en fin, una cosmovisión que se articulaba en torno a un eje: concebir a Dios como fuente

7 Carta al obispo de Río Grande (Brasil) en: Abadie, *Con los zapatos al cielo...*, 222-223.

de bendición para la vida y a la fe como un valor genuinamente integrado a la cultura.

Intentando auscultar en la personalidad de Jacinto Vera, podemos afirmar que las virtudes cardinales –prudencia, fortaleza, templanza y justicia– parecen haber crecido en él con espontánea naturalidad, a lo mejor, al amparo de la vida misma del campo o del tipo de ambiente y de educación familiar. El hecho es que sus biógrafos refieren una lista abundante de actitudes y disposiciones de carácter que dan cuenta de una personalidad ricamente virtuosa, entre otras: determinación y empeño, transparencia, valor, lealtad y franqueza, constancia y ecuanimidad, firmeza junto con mansedumbre, alegría y buen humor –características, estas, muy destacadas–. Así también, se señalan su deseo de estudiar y de comprender el Misterio de Dios y su gusto por el silencio y la contemplación, dotes que, junto a su sentido común y realismo, le proporcionaron una gran lucidez para analizar las situaciones y para manejarse con resuelta libertad y fundamento.

Esta “voluntad dispuesta”, que referíamos al comienzo, facilitó que Jacinto fuera experimentando la Gracia como una ayuda a su libertad; así, su bondad humana se fue enriqueciendo, limando y fortaleciendo; su personalidad fue tomando consistencia de evangelio y constituyéndose –ya en su etapa final de transparencia evangélica– como un imán: «a todos atraía y todos buscaban el calor de su mirada»⁸.

En 1832, al enterarse de que se iban a predicar unos Ejercicios Espirituales en Montevideo, el joven Jacinto sintió deseos de participar. Su determinación de asistir, a pesar de padecer un muy agudo dolor de rodilla que le provocaba fiebre y otras serias molestias, da cuenta de que se encontraba *en búsqueda* de un sentido para su vida y que la espiritualidad ocupaba, para él, un lugar importante⁹. Esta sensibilidad espiritual marcaba una identidad propia y peculiar: no nos consta que otros jóvenes de su edad hayan participado en esos Ejercicios o que Jacinto deseara participar porque allí fueran muchos de sus amigos...

Sin embargo, así como por un lado, se nos sugiere esta peculiar y positiva sensibilidad espiritual, por otro, se nos advierte de un prejuicio vocacional negativo: se afirma que él «no comprendía cómo hubiese hombres que se dedicasen al sacerdocio»¹⁰. Más allá de que la vocación sacerdotal pudiera significar una rareza

8 Pons, *Biografía...*, 64.

9 No debemos soslayar el papel de los buenos deseos en Jacinto, pues él mismo se reconocía, más de una vez, como un «hombre de buenos deseos». Cf. Pons, *Biografía...*, 69; 103.

10 Abadie, *Con los zapatos al cielo...*, 30.

en la sociedad oriental por los escasos –y casi todos extranjeros– presbíteros, este dato resalta y nos confirma el impacto que los Ejercicios Espirituales tuvieron que imprimir en el corazón creyente de este joven maduro, pues sale de ellos convencido de que el Señor le llama al sacerdocio. Esto nos lleva a la siguiente sección.

3. Experiencia fundante

Lamentablemente no tenemos información cierta acerca de la duración de los Ejercicios que Jacinto realizara, pero debemos suponer que habrán sido de, al menos, ocho días¹¹. Realizar el completo Mes de Ejercicios como lo dispusiera san Ignacio de Loyola, debía de ser un privilegio reservado al período del Noviciado en la Compañía de Jesús, o para ocasiones muy selectas como la preparación a la ordenación presbiteral... Más allá de estas conjeturas, lo cierto es que Jacinto decidió aprovechar la oportunidad de Ejercicios que se le presentaba y se determinó a asistir, aun estando enfermo y dolorido.

Lo que ocurrió en la interioridad de Jacinto en esos días solamente puede ser conocido por nosotros a la luz de sus efectos. En él se cumplió, ciertamente, el viejo adagio latino que aconsejaba a los que iniciaban los Ejercicios: *Ingrediar totus, manebo solus, egrediar alter*¹². Sin embargo, a pesar de los pocos datos con los que contamos, la estructura misma de los Ejercicios Espirituales ignacianos puede ayudarnos a atisbar el proceso interno vivido por nuestro beato.

Desde el comienzo, la dinámica interna de los Ejercicios Espirituales se orienta a «preparar y disponer el ánimo para quitar de sí todas las afecciones desordenadas y después de quitadas buscar y hallar la voluntad divina» (EE 1)¹³. Una vez considerado el «Principio y Fundamento», esto es, el fin para el que el ser humano fue creado – «alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor, y

11 Los Ejercicios Espirituales para seculares organizados por la “beata” María Antonia de Paz y Figueroa en Buenos Aires, a fines del siglo XVIII, duraban diez días, «dos más que lo habitual». Cf. Alicia Fraschina, «María Antonia de San José: los Ejercicios Espirituales y el Beaterio de Buenos Aires 1767-1878. Construcción de identidad, apropiaciones y rupturas», en Silvia Mostaccio et al., *Échelles de pouvoir, rapports de genre. Femmes, jésuites et modèle ignatien dans le long XIXe siècle* (Louvain-la-Neuve: Presses universitaires de Louvain, 2014), 85.

12 Traducción: que yo ingrese todo, permanezca solo y salga otro.

13 Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, en Ignacio Iparraguirre, ed., *Obras completas de San Ignacio de Loyola* (Madrid: B.A.C., 1963²), 196.

mediante esto salvar su alma» (EE 23)¹⁴– el ejercitante está invitado a reconocer y a confesar la presencia del pecado en el mundo y en su historia personal. Celebrado el Sacramento de la Reconciliación, se encuentra mejor dispuesto para buscar y hallar la voluntad divina y, en el caso de los jóvenes solteros, como Jacinto, para abordar la elección de estado de vida.

Los *Ejercicios* preparan para esta importante elección mediante diversas herramientas: preámbulos, oraciones, meditaciones, consideraciones, contemplaciones, entre otras. En ellas presentan a Jesús, Rey Eternal, como el valor absoluto que moviliza el deseo humano para su seguimiento; también, procuran despertar al *magis* de la identificación del amor de modo que el ejercitante desee y elija lo que *más* le conduce al fin para el que ha sido creado. A la par de estas consideraciones, se propone un itinerario de contemplación de los misterios de la vida de Jesucristo, de modo que el ejercitante sea invitado a elegir un estado de vida *desde* la dinámica vital del seguimiento de Jesús.

Creemos que la generosidad natural de este muchacho campesino de 19 años se habrá visto tan confrontada e iluminada con la generosidad divina de Jesús que sintió el deseo de «ofrecerse para más afectarse en la causa de este Rey» (cf. EE 97)¹⁵ en la vocación al sacerdocio. La prontitud y determinación que acompañaron la decisión de Jacinto –y la perseverancia en ella hasta la muerte– evidencian que su discernimiento nació desde su fondo más genuino: fue su persona toda la que se vio interpelada y conmovida en el encuentro afectivo con Jesucristo. Ya entrenado en el trato devoto con Dios por su educación familiar, ya asiduo al sacramento de la Eucaristía y la Reconciliación desde su niñez y adolescencia, Jacinto hubo de experimentar una vinculación personal con Jesucristo propia de su madurez relacional como joven adulto, condición indispensable para la orientación novedosa que quería darle a su vida.

Lo vivido en días como esos, en los que la vida cambia de orientación, necesita ser comprendido y verbalizado para constituirse en experiencia cierta, esto es, para establecerse con toda la profundidad de su significado. Es muy probable que Jacinto, adulto, haya vuelto a repasar esta experiencia tan determinante para su vida extrayendo de ella –como nuevas vetas de una mina– significados y motivaciones para su fidelidad siempre renovada. Se comprende que cuando, siendo Vicario, promovía los Ejercicios Espirituales del Clero, no lo hacía desde un mero cumplimiento de la normativa sino desde la convicción personal del bien

14 Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, en Iparraguirre, *Obras...*, 203.

15 Cf. Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, en Iparraguirre, *Obras...*, 219.

que éstos pueden ofrecer¹⁶. Así, a partir de haber vivido un encuentro personal y determinante con Jesucristo, Jacinto comenzaba una nueva etapa en su vida: un proceso más consciente de discipulado y de seguimiento de Jesús.

4. Discipulado y seguimiento

El beato Jacinto vivió su vocación sacerdotal en clave de imitación de Cristo. Ciertamente, el ministerio fue la forma de vida que él asumió para mejor seguir a Jesús y para mejor servir en la Iglesia a la evangelización del mundo —o la «salvación de las almas», modo como la Iglesia de la época expresaba su tarea y la meta que orientaba su misión—. Ser un hombre de Dios para los demás, en la santificación sacramental, en el cuidado pastoral y en la enseñanza y predicación del Evangelio fue, desde su experiencia fundante en los Ejercicios Espirituales, el más profundo sentido de su vida.

Había, sin embargo, sacerdotes que compartían las tareas del presbiterado con otras funciones sociales como la de ser representantes departamentales; él, por el contrario, consideraba que integrar ese tipo de corporaciones inhabilitaba «a un sacerdote [para] trabajar con buen éxito en su ministerio»¹⁷, y por eso, se rehusó a aceptar cuando le eligieron representante de Canelones. Es que, el corazón de Jacinto se iba configurando tan plenamente con el corazón pastoral y sacerdotal de Jesucristo que no cabía en él otra misión que la de la Iglesia, continuadora de la misión de Jesucristo. En este sentido, como Vicario, exhortaba a cada sacerdote a que viviera según su misión: dirigir a los fieles «por el camino del cielo», ser «padre de los pobres»¹⁸, «perdonar a los contritos, ilustrar a los ignorantes, aconsejar a los temerosos y perplejos y dirigir a los justos hasta la cumbre de la perfección cristiana, procurando engastar el corazón de Cristo en los corazones de todos»¹⁹.

La Gracia de la misión encomendada en la «cura de almas» en la parroquia Nuestra Señora de Guadalupe (Canelones) —teniente cura, primero y párroco después—, fue ayudando a Jacinto a desarrollar en sus virtudes una “cualidad presbiteral” que resultaba patente a los ojos de quienes le trataban. Más allá de la

16 Signo de esto es su costumbre de realizar dos tandas anuales: una personal y otra, acompañando al clero (cf. Abadie, *Con los zapatos al cielo...*, 239).

17 Pons, *Biografía...*, 63.

18 Abadie, *Con los zapatos al cielo...*, 299.

19 Pons, *Biografía...*, 153-154.

adjetivación grandilocuente típica de la época y de la pluma de Pons, el elenco de virtudes propias del ministerio que se le reconocen, como «la suma prudencia, la abnegación heroica y la caridad extremada»²⁰; o la «caridad evangélica... sin tasa»²¹, van configurando al presbítero Vera como paradigma sacerdotal y modelo de pastor. Aquí, resultan muy ilustrativas las palabras de Mons. Marino Marini, representante diplomático del Vaticano, refiriéndose a él: «un clérigo de conducta ejemplar, de suficiente educación, atento a sus feligreses, y ajeno a los partidos políticos»²², «sin duda, el mejor de los pocos Sacerdotes que actualmente se encuentran en la Banda Oriental del Uruguay»²³.

Esta configuración pastoral y sacerdotal de Jacinto, al modo de Jesucristo, se fue iniciando en sus años de formación en el Seminario de Buenos Aires y consolidando en los de su práctica pastoral. Articular la identidad personal en torno a su vocación presbiteral, esto es, internalizar esta identidad vocacional de modo que en su persona estuviera integralmente asimilada la triple misión sacerdotal, pastoral y magisterial fue un fruto de su madurez espiritual. Muchos factores ayudaron a que Jacinto viviera su ministerio presbiteral como fuente de su espiritualidad y de su fecundidad personal: Encontramos, entre otros: su disciplina orante —era «fervorosa la piedad con que levantaba su corazón a Dios para tener con Él trato familiar»²⁴—, la continua formación en el estudio y la lectura espiritual, la austeridad personal en función de la caridad solidaria, la conciencia de la propia fragilidad fortalecida por la Gracia, la preocupación por anunciar el Evangelio y acercar la Gracia sacramental a los más posibles... Algunos testimonios confirman esta identificación suya con la vivencia sustancial de su ministerio: «dio Don Jacinto Vera, por espacio de más de diez y siete años buena cuenta de los oficios de su sagrado ministerio subiendo a gran altura en virtud y en merecimientos»²⁵. «Sacerdote lleno de evangélico ardor jamás sintió fatiga que le debilitase, antes bien buscaba su alegría y bienestar en las tareas del ministerio parroquial»²⁶.

En este camino de discipulado evangélico, no podemos dejar de destacar su cariño filial a María, especialmente en la advocación de Nuestra Señora de los

20 Pons, *Biografía...*, 50.

21 Pons, *Biografía...*, 55.

22 Abadie, *Con los zapatos al cielo...*, 68.

23 Abadie, *Con los zapatos al cielo...*, 76.

24 Pons, *Biografía...*, 152.

25 Pons, *Biografía...*, 47.

26 Pons, *Biografía...*, 58.

Dolores²⁷: ella le invitaba a seguir –como otrora en Caná a los mozos de la boda– el camino de su Hijo, y le animaba a abrazar la cruz que todo camino cristiano trae consigo. Es que la identificación existencial de Jacinto con Jesús Buen Pastor, Maestro y Sacerdote, no aconteció sin dificultades, las hubo y muchas: tanto exteriores –pobreza, incomodidades, dolores, mudanzas, amenazas, calumnias, destierros...– como interiores –decisiones difíciles de tomar por comprometedoras, discernimientos complejos, abandono de amigos, traición de colaboradores, ... En palabras de Carmel Souverbielle, un religioso betharramita dirigidas al Prefecto de la Sagrada Congregación de *Propaganda Fidei*: «Dios no le ahorró la cruz ni los sufrimientos»²⁸.

5. Consolidación y unificación teologal

La angostura del camino en el seguimiento de Jesús, ya advertida por el Maestro mismo, no debería ser novedad para ningún cristiano. Pero, a decir verdad, la suma de contratiempos a los que Jacinto Vera se tuvo que enfrentar a lo largo de su camino vocacional y a causa de este, fue tan numerosa como injusta. En primer lugar, su condición social humilde hizo del trayecto de su formación presbiteral –arduo de por sí– una empresa quijotesca, sostenida por el empeño familiar y por la generosidad de varias personas que, por compasión y porque apreciaban las condiciones tan favorables del candidato, ofrecían su aporte justo y variopinto: clases de latín, una carta de recomendación, un rincón para ubicar una cama, una comida diaria, un pantalón, entre otros.

En segundo lugar, el cumplimiento generoso y desinteresado de su oficio sacerdotal le generó enemigos que intrigaban planes contra él cuando se iba perfilando su nombre como Vicario. Ya sea por parte de sacerdotes que no querían reformar su vida según el Evangelio o por los que pretendían con avaricia los puestos de gobierno que la recta razón orientaba hacia el más virtuoso, Jacinto debió enfrentar calumnias y denuncias infundadas, así como ardides para impedir su nombramiento de Vicario y de Obispo.

En tercer lugar, las justas decisiones que asumía en la gestión de su jurisdicción eclesiástica generaron confrontación con un Estado dominado por la francmasonería y que se arrogaba las potestades del Patronato para impedir la libertad de la Iglesia en el legítimo desempeño de sus funciones. Entre otros conflictos

²⁷ Pons, *Biografía...*, 152.

²⁸ Abadie, *Con los zapatos al cielo...*, 241.

destacamos: la confrontación con las autoridades judiciales por la expulsión de los franciscanos, la lucha con los francmasones que, a raíz del entierro del francmasón confeso Jackobsen, lograron arrancar del poder ejecutivo la casación del *Exequatur* (anulación de la habilitación civil para su cargo de Vicario Apostólico) y la orden de su expulsión del país. Es lo que se ha llamado el “conflicto eclesiástico”.

En cuarto lugar, el silencio que percibía de parte del nuncio –que, sin que Jacinto supiera, iba gestionando con el Estado oriental el levantamiento de la casación del *Exequatur*–, le daba ocasión para la tentación del desánimo, y acaso también, de la duda sobre sus propias actuaciones... En síntesis, los desafíos Jacinto tuvo que enfrentar iban desde la desidia de un clero poco evangélico, la prepotencia de un Estado de orientación francmasónica, la defensa de la libertad de la Iglesia en sus fueros internos, el proceso irreversible de la secularización del ambiente, hasta la adversidad de una geografía nacional incomunicada y la ausencia de una organización eclesial a todo nivel.

Toda esta conflictividad fue acrisolando el temple espiritual del obispo Jacinto quien, leyendo su historia en clave de Providencia, reconocía con realismo: «el Señor ha querido darnos a probar un poco del Cáliz de amargura»²⁹. Asimismo, descubría –lúcido, como era al calibrar las situaciones que se le presentaban– cómo estos conflictos resultaban una ocasión para profundizar su camino vocacional, despojándole de toda pretensión que no fuera servir y dar testimonio de Jesús crucificado:

Si bien es verdad que Nos podemos ceder nuestro derecho, también es verdad que Nos no podemos ceder nuestro deber [...] Nos, que tan repetidos ejemplos hemos dado de renunciación de todos los bienes terrenos, no hemos dado hasta ahora un solo ejemplo de querer sacrificar nuestra conciencia por ningún respeto humano, prefiriendo perderlo todo a la pérdida de nuestra alma, porque nuestra alma es la eternidad y la eternidad es, no sólo Dios, sino el hombre y Dios a un tiempo mismo³⁰.

Y también: «Mi persona vale muy poco. El deber está sobre todas las consideraciones...»³¹.

29 Abadie, *Con los zapatos al cielo...*, 265.

30 Pons, *Biografía...*, 125.

31 Abadie, *Con los zapatos al cielo...*, 319. La alusión al «deber» puede confundir al lector contemporáneo y llevarlo a pensar en el deber kantiano. Nada más lejos de la comprensión de Jacinto: su conciencia del deber debido al ministerio que ejerce brota del amor a Aquél que le ha dado el

A pesar de estos conflictos, tanto por la comprensión de la intención mezquina de sus detractores como por la tranquilidad de consciencia que le daba su modo de proceder, Mons. Jacinto se mantuvo siempre sereno, en la espera de que la verdad triunfara. Este «Cáliz de la amargura», lejos de ensombrecer la figura del Pastor la volvió más brillante. La hiel de la amargura era transformada en buenos frutos de libertad de espíritu y las motivaciones por las que actuaba –los «buenos deseos» que le acompañaron siempre activos³²–, quedaron totalmente purificadas por la virtud de la caridad. Jacinto, mediante estas renunciaciones y desapegos, mediante su opción de libertad evangélica y siempre ayudado por la Gracia, fue dejando obrar al Espíritu de tal manera que su humanidad se fue purificando de toda otra motivación que no fuera la caridad teologal.

Esta purificación experimentada por Mons. Jacinto está muy bien explicada por san Juan de la Cruz cuando da cuenta del proceso de anonadamiento del creyente, al estilo del mismo Jesús: «aniquilado en todo [...] acerca de la reputación de los hombres [...], acerca de la naturaleza [...] sensitiva y espiritual; y acerca del amparo y consuelo espiritual del Padre [...], quedando así aniquilado y resuelto así como en nada, [...] la persona alcanzará] la suma humildad, quedará hecha la unión espiritual entre el alma y Dios, que es el mayor y más alto estado a que en esta vida se puede llegar»³³. La vida teologal, siempre activa y presente desde el Bautismo, fue tomando de tal modo el protagonismo en Jacinto que su persona toda se volvió transparencia del Evangelio.

6. Transparencia evangélica

La vuelta del exilio significó para «el Vicario»³⁴ no un triunfo humano sino el triunfo de la Gracia en él, disponiéndolo para un servicio más pleno al Pueblo de Dios y a la sociedad toda. Los testimonios acerca de su santidad ya abundaban en

encargo y de amor filial a la Iglesia, mediación histórica del Amigo y Supremo Pastor. Una conciencia kantiana del deber no se armonizaría con las virtudes humanas y evangélicas propias de Jacinto, entre otras: la alegría y el buen humor, la misericordia y la paciencia con la debilidad humana, el realismo en aceptar los procesos...

32 Cf. Pons, *Biografía...*, 69; 103.

33 Juan de la Cruz, *Subida al Monte Carmelo* II, 7, 11, en *Íd.*, *Obras completas*, 235.

34 Llama la atención que siempre le llamaran el Vicario, aun siendo Obispo... ¿será una cuestión de costumbre, una normalización de un título o una percepción espiritual del Pueblo de Dios que reconocía en Jacinto la función más noble que él podía ejercer como identidad: ser rostro, representación de la Iglesia y de Cristo?

vida de Jacinto: «el santo Vicario», le llamaban las hermanas de la Congregación del Huerto en Buenos Aires; el «tesoro que poseía la República Oriental», refería fray Juan Benito, definidor general de la Orden capuchina³⁵; «es un santo», decían los obispos españoles que compartieron estancia con él en Roma durante el Concilio Vaticano I³⁶; asimismo, la gente del pueblo observaba que «su modo y su paso eran como de santo» y se cuestionaba: «si Monseñor Vera no es santo, ¿quién lo será?»³⁷. ¿Qué intuición hay detrás de estas caracterizaciones de la gente sobre Jacinto?

En realidad, la santidad no tiene que ver con una actitud o una pose, sino que es la emergencia de la plenitud de la inhabitación trinitaria en el centro vital y unificador de la persona. Entre Dios y el hombre nunca se da un antagonismo –entendido en el sentido de “cuanto más Dios menos persona humana y viceversa”–, ¡al contrario! Dios se manifiesta más plenamente en la persona en la medida en que lo más auténtico de la originalidad personal emerge con más libertad. Por eso, la plasmación en nuestro ser de la figura de Cristo –«en esa misma imagen, cada vez más gloriosos» (2 Cor 3,18)– se elabora en fidelidad a una verdad dual: la verdad de Cristo y la verdad de nuestra vocación personal, entendiendo esta como el modo particular de reflejar a Cristo según la propia identidad humana particular³⁸. Esta verdad coincide con lo que se afirma del propio Jacinto: «En el episcopado *acabó de revelar* su alma candorosa, su corazón caritativo, su genio chispeante, su inagotable buen humor y una índole sencilla y bondadosa»³⁹. Porque la profundización de su identidad vocacional –aquella descubierta inicialmente en los Ejercicios Espirituales, a los 19 años– a la par que reflejaba al Maestro con quien se había identificado, revelaba también lo más auténtico del mismo Jacinto, ese núcleo de identidad ya purificado y convertido todo en mediación del Evangelio.

En este sentido, se explica la notable conjunción de virtudes humanas, teológicas y actitudes evangélicas que la gente destacaba a borbotones en su obispo Vera: ya *todo* Jacinto –al menos en su núcleo más original y auténtico– se había vuelto mediación del Evangelio. Al fin, como consignara su escudo episcopal,

35 Cf. Abadie, *Con los zapatos al cielo...*, 214.

36 Cf. Pons, *Biografía...*, 163.

37 Abadie, *Con los zapatos al cielo...*, 238.

38 Para profundizar la teología de la imagen y la semejanza en el rostro y el semblante humanos desde la estética del icono oriental: cf. Pavel Florensky, *El Iconostasio. Una teoría de la Estética* (Salamanca: Sígueme, 2018).

39 Pons, *Biografía...*, 150. El resaltado es nuestro.

uniendo un jacinto y una palma, nuestro beato, sin dejar de ser él mismo —y más aún, en lo mejor de sí mismo— reflejaba la palma de la santidad.

Conclusiones

En conclusión, creemos habernos asomado a la interioridad de Jacinto desde los procesos espirituales que fueron aconteciendo en su vida. Las etapas en las que hemos enmarcado su itinerario reflejan una *peregrinación espiritual*, un *crescendo* en fidelidad y en disponibilidad a la configuración con Cristo. Los aspectos particulares del itinerario personal del beato Jacinto Vera, el diálogo entre su libertad y la Gracia, su respuesta creyente y responsable en los acontecimientos vividos, su mirada contemplativa de la realidad, la historia y las relaciones humanas, la vida vivida en clave de misión y caridad pastoral, la opción por la austeridad y solidaridad evangélicas con el trasfondo de su humildad de origen..., son algunos de los rasgos que marcan su huella personal única dentro de este marco de etapas comunes.

En fin, si la teología es una palabra humana que busca comprender la obra teologal —la obra de Dios—, estas líneas pretendieron aportar perspectivas de interpretación de esta obra en Mons. Jacinto Vera, de modo que cada uno de nosotros, viéndola en él como en un espejo reflejada, nos sintamos impulsados a experimentarla en nuestras propias vidas.

Bibliografía

- Abadie Vicens, Gonzalo. *Con los zapatos al cielo. Vida de Jacinto Vera*. L.E.A., Montevideo: 2023.
- Fraschina, Alicia. «María Antonia de San José: los Ejercicios Espirituales y el Beaterio de Buenos Aires 1767-1878. Construcción de identidad, apropiaciones y rupturas». En Mostaccio, Silvia et al., *Échelles de pouvoir, rapports de genre. Femmes, jésuites et modèle ignatien dans le long XIXe siècle*, 77-103. Louvain-la-Neuve: Presses universitaires de Louvain, 2014.
- Garrido, Javier. *Proceso humano y Gracia de Dios. Apuntes de espiritualidad cristiana*. Santander: Sal Terrae, 1996.
- . *Evangelización y Espiritualidad, el modelo de la personalización*. Cantabria: Sal Terrae, 2018.

Iparraguirre, Ignacio, ed. *Obras completas de San Ignacio de Loyola*. Madrid: B.A.C., 1963².

Juan de la Cruz. *Obras Completas*. Madrid: Editorial de Espiritualidad, 1993⁵.

Pons, Lorenzo A. *Biografía del Ilmo. y Revmo. señor don Jacinto Vera y Durán, primer obispo de Montevideo*. Montevideo: Barreiro y Ramos, 1904.

Tomás de Aquino, *Suma Teológica*. Adaptación de Regentes de Estudios de las Provincias Dominicanas de España. En *Suma de Teología*, vol. 1. Madrid: BAC, 2001.

Ubieta López, José Ángel, dir. *Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclée De Brouwer, 2009⁴.